

23 Oct 96

Vuelve el gran teatro

De vez en cuando, quebrando la monótona mediocridad de la cartelera teatral, se produce esa conjunción de excelencia entre texto, intérpretes y director que caracteriza al buen teatro. Nos producen asombro y nos llevan al elogio las interpretaciones de actores y actrices que nos obligan a preguntarnos por qué en otras de sus intervenciones, sea para la escena, el cine o la televisión, no hacen el mismo derroche de talento. Pero la verdad es que se trata de un cuestionamiento injusto. Para que haya una gran interpretación escénica, además de su capacidad artística, los actores y actrices necesitan un texto dramáticamente enjundioso, que cree personajes verdaderos y complejos a la vez, y que, tras ellos y no sobre ellos, haya un director que en prolongados ensayos nos vaya guiando en una esmerada composición del ser de ficción que ellos se encargarán de hacer vivir en el escenario para deleite de los conocedores del teatro.

Dos estrenos recientes nos han dado la oportunidad de saborear grandes interpretaciones actorales y

eso es algo que hay que destacar y agradecer.

"Quarteto" y "Tres mujeres altas" son obras macizas y difíciles, que si no hubieran tenido la puesta en escena que han exhibido, podrían haber sido un desastroso fracaso. Sin embargo, estas obras marcan el punto alto de la temporada teatral de este año.

El texto de "Quarteto" es fuerte y, en cierta medida, podría ser calificado de procaz si no estuviera tan hábilmente construido y con personajes tan intensamente delineados.

"Tres mujeres altas" es una obra con un tema ingrato, que habría podido provocar el rechazo de los espectadores si no se contara con la capacidad de su autor de hacer trascender su amor por esos personajes con tantas aristas amargas y negativas.

Rodrigo Pérez y Ramón Núñez son directores de distintas generaciones, pero los une un rigor artístico, una



Siento gran alegría por poder alabar sin limitarme en el elogio, por recuperar las esperanzas de que en Chile se puede hacer buen teatro...

capacidad de conducir los hilos de la acción que nos hacen recordar a los grandes directores que alguna vez tuvo el teatro chileno: Siré, Orthous, Morthieur y otros.

Son ellos la segunda pata en que se sustentan estos éxitos escénicos, porque la tercera reside en el talento de los intérpretes, que, con un buen texto y una excelente dirección, son capaces de mostrar la amplia gama de su

creatividad artística.

No vamos a descubrir ahora la calidad actoral de Delfina Guzmán y de Alfredo Castro, los protagonistas de "Quarteto". Los 80 minutos que permanecen en el escenario son una fiesta para el espíritu, donde ese juego maravilloso que es el teatro envuelve por completo al público. Delfina Guzmán y Alfredo Castro se han destacado y lucido antes en otros papeles, pero me atrevo a pensar que en "Quarteto" han logrado la plena

expresión de su arte interpretativo.

Muchos elogios han recibido las tres actrices que componen el reparto de "Tres mujeres altas", y muy merecidos por supuesto. Pero valdría la pena destacar a Paz Irrázaval, con una vida entera dedicada al teatro, realizando papeles acertadamente pero nunca brillando. En esta obra, Paz Irrázaval es capaz de

entregar un personaje inolvidable. ¿Quién que haya visto "Tres mujeres altas" no reconoció en el personaje de Paz Irrázaval a alguna anciana a la que alguna vez se amó o, también, se odió?

Aunque ha pasado más de un mes desde que vi la obra, todavía me impresiona recordar la sutileza con que Liliana Ross da vida a su personaje, su perfecto "timing", su proyección escénica. ¡Qué diferente es esta Liliana Ross de la que vemos en banales papeles en la televisión o en comedias teatrales comerciales!

En lo personal, siento una gran alegría por haber tenido la ocasión de escribir este artículo. Poder alabar sin limitarme en los elogios. Para mí, ver "Quarteto" y "Tres mujeres altas" ha sido recuperar las esperanzas de que en Chile se puede hacer buen teatro, con textos de calidad y con los recursos humanos que han quedado en evidencia en estos dos estrenos. Ahora sólo faltan la constancia y la voluntad de volver a la senda perdida, y olvidarnos de los facilismos y de la tentación de "pegarle el palo al gato" con improvisaciones y falta de rigor.